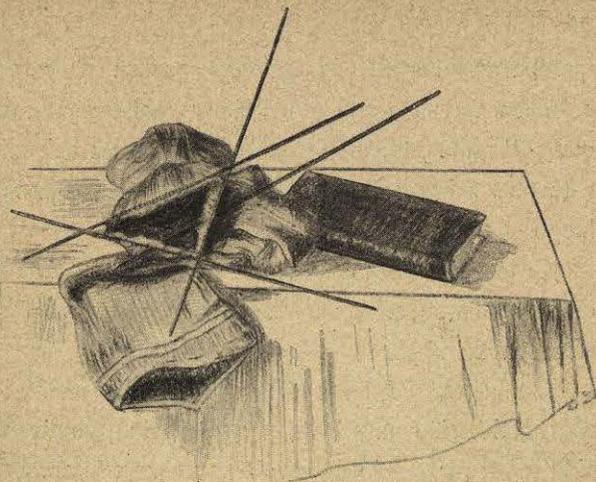


vierno de la vida, en la vejez con todos sus achaques. No ha mucho que mi decaimiento me desesperaba y cubría mi espíritu de nubes tenebrosas. Por fortuna una mano paternal y amiga tomó la mía y me condujo, con bondadosa y firme autoridad, hacia la luz eterna. ¡Qué alegría la de haber encontrado de nuevo en el fondo de mi sér un poco de mi alma y algunos restos de mi fe infantil! ¡Qué dulce es ser humilde, confiado y obediente! Apenas he subido la primera pendiente y ya veo disiparse la niebla del orgullo y de la impureza, que obscurecía mi camino.

¡Adelante, alma mía, siempre á lo alto, siempre hacia el cielo!

¡Oh! ¡qué dulce recuerdo el de aquella ascensión sobre las nubes! Y no obstante, ¡cómo palidece ante la ascensión de mi alma sobre las nubes del error y del pecado! En la montaña subía hacia la luz del sol; hoy me elevo hacia una claridad infinitamente más deslumbradora, pues, según la bella expresión de Miguel Angel, el sol no es más que la sombra de Dios.



VIII

Recuerdo filial

Ayer, tratando de ordenar un poco mi revuelta librería, me encontré el libro con que mi madre me enseñó á leer. Es una *Vida de San Luis*, impresa á principios de siglo y toscamente encuadernada en piel, y mi madre la había ganado como premio en la escuela; de modo que este viejo testigo de mi infancia lo fué también de la suya.

Al recorrer sus hojas amarillentas recordé mis primeros ejercicios de lectura, y la penosa lentitud con

que iba pronunciando las palabras que mi madre me señalaba con una aguja de hacer calceta; y pensé que antes que yo había inclinado una niña su cabecita estudiosa sobre estas páginas, y que esta niña fué luego mi madre.

¡Cosa rara! Esta idea de que mi madre un día fué también niña, no se me había ocurrido nunca, y ahora me maravilla al par que me conmueve.

Cuando yo nací, tenía mi madre cerca de cuarenta años. Había sido muy bella en su juventud, según he oído decir; pero el único retrato suyo que conservo es de poco antes de morir, y en mis recuerdos más remotos aparece su rostro coronado ya de canas. Quizá los que han conocido á su madre todavía joven y hermosa la recuerdan con especial ilusión. No sé qué diga. Pero creo que son más afortunados aquellos cuyas primeras miradas vieron inclinarse sobre su cuna una frente marcada por la fatiga de vivir, y para quienes la figura de la madre es siempre la de una mujer de edad. El recuerdo que de ella guardan es, no diré más querido, pero sí más sagrado, porque en él se unen lo venerable de la vejez y lo augusto de la maternidad.

Este pícaro libro en que mi madre me enseñó el arte tan difícil de la lectura, este libro que la conoció cuando era colegiala, me hace pensar en su niñez y en su juventud. Pero ni aun así puedo imaginar sus juegos de niña, ni sus ilusiones de doncella, ni sus alegrías de

esposa adorada. No, no puedo ver en ella más que á mi madre, á mi anciana madre.

Me parecería faltar al cuarto mandamiento del Decálogo, que ordena «honrar padre y madre»; me parecería romper el respeto que la rodea en mis pensamientos, si me la figurase por un solo instante sin sus cabellos grises y sin las arrugas que surcaban ya su rostro cuando yo era aún niño.

Se necesitaría una pluma más exquisita y espiritual que la mía; sería preciso buscar palabras aéreas para expresar con toda su dulzura y suavidad este sentimiento respetuoso y tierno, este delicado escrúpulo, este matiz de alma. Sólo puedo dar de él una idea recordando aquí el conmovedor y profundo misterio de la fe cristiana, que rodea á la Madre de Jesús de una aureola de ideal pureza.

Sí, para todo el que tenga corazón verdaderamente filial, su madre es un sér inmaculado.

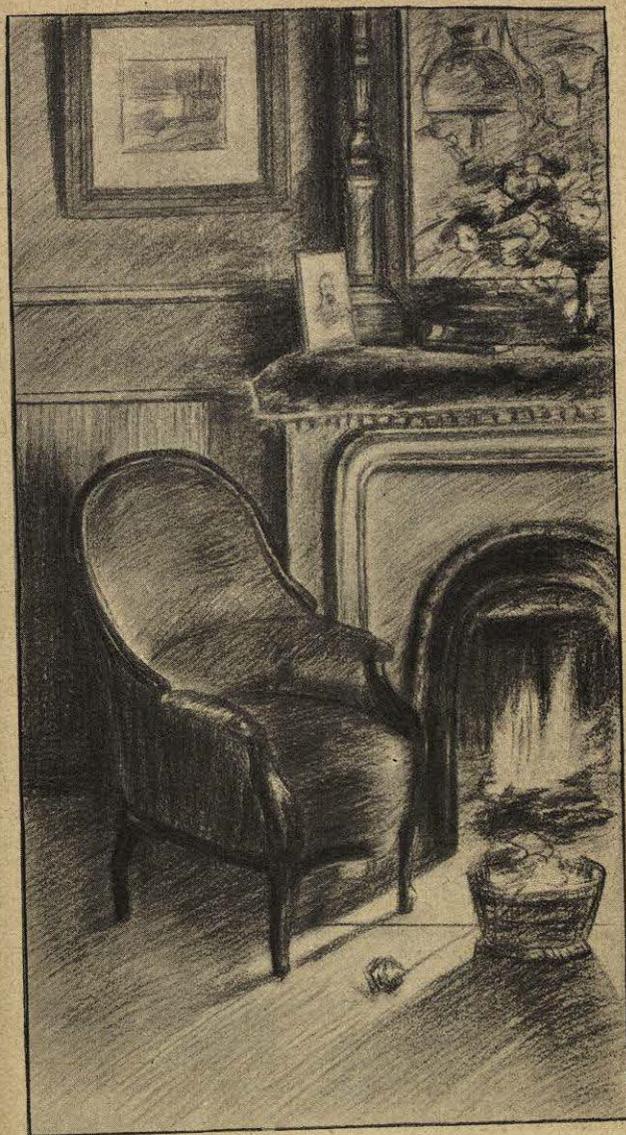
Además, ¿no es muy natural que yo vea sólo una madre en aquella para quien no dejé nunca de ser niño? Cuando ella murió tenía setenta y un años y yo acababa de cumplir los treinta y tres; por consiguiente era un hombre hecho y derecho, un hombre que había vivido, trabajado, gozado, sufrido, atravesado veinte veces la llama de las pasiones, un hombre que indudablemente se había mantenido fiel á sus deberes principales, pero que no por eso dejaba de ser culpable de una infinidad de faltas y ¡ay! despojado completamente

de mi inocencia. Mi madre lo sabía; no se le ocultaban mis esfuerzos por seguir el camino recto ni ignoraba mis caídas y debilidades; tomaba parte en mis alegrías, consolaba mis amarguras; y si con su viril energía y claro juicio me hablaba como á un hombre, cuando yo le pedía consejo, volvía á ser para ella—¡adorable ilusión!—su hijo, su pobre hijito, necesitado tan sólo de su amor.

No es que yo recuerde ahora únicamente los instantes en que, abrumado por alguna pena, sólo encontraba consuelo abrazándome á mi madre, y secando en sus mejillas mis ojos enrojecidos por el llanto, ni más ni menos que cuando era niño de pecho. Precisamente los sucesos ordinarios de la vida, las menudencias cotidianas, eran las que daban ocasión á mi madre para tratarme como á un niño, acusándome blandamente de imprudencia é irreflexión.

—¡No bajas la escalera tan deprisa!.. ¡Cuidado con resfriarte, abróchate bien! Apuesto á que te has olvidado el pañuelo...

Compadezco á los que se impacientan con estas recomendaciones pueriles. A mí me llegaron siempre á lo más hondo del alma. Y adviértase que acaso pocos hayan sido nunca objeto de cuidados maternos tan asiduos como los que á mí se me prodigaron. En mi juventud estuve varias veces enfermo de bastante gravedad; y mi madre cuidaba entonces con solicitud de mí, no sólo como de un hijo, sino como de un hijo enfermo.



Cierto invierno los médicos me prescribieron el clima del Mediodía. Al volver después de algunos meses, encontré á mi madre tan mudada, que al año siguiente no quise dejarla, á pesar del quebranto de mi salud; y ambos pasamos el invierno reclusos en la prisión de mi cuarto, pues tampoco ella estaba ya para burlarse del riguroso frío de París.

Permítaseme transcribir aquí una décima de las primeras que han salido de mi pluma. Nunca vuelvo á leer mis antiguos versos; pero los presentes se conservan indeleblemente grabados en mi memoria y me recuerdan horas dulcísimas, horas de bienestar cumplido, gozadas en la atmósfera de la ternura maternal.

J'écris près de la lampe. Il fait bon. Rien ne bouge.
Toute petite, en noir, dans le grand fauteuil rouge,
Tranquille auprès du feu, ma vieille mère est là.
Elle songe sans doute au mal qui m'exila,
Loin d'elle, l'autre hiver, mais sans trop d'épouvante;
Car je suis sage et reste au logis, quand il vente.
Et puis, se souvenant qu'en octobre la nuit
Peut fraichir, vivement et sans faire de bruit,
Elle met une bûche au foyer plein de flammes,
Ma mère, sois bénie entre toutes les femmes! (1)

(1) Escribo junto á la lámpara. La noche está serena y silenciosa. Mi anciana madre reposa tranquilamente sentada al calor del hogar, y su menuda figura vestida de negro parece sepultada en el enorme sillón rojo. Ahora piensa sin duda en la enfermedad que me apartó de su lado el invierno último, pero sin acongojarse demasiado por ello; porque soy prudente y permanezco en casa cuando el tiempo es crudo. De pronto recuerda la anciana que en las noches de Octubre suele arreciar el frío, y entonces corre solícita con pasos silenciosos á añadir un tronco al fuego que arde en el hogar. ¡Bendita seas, madre mía, entre todas las mujeres!

Hace un instante murmuraba yo estos versos, mientras hojeaba el libro en que mi madre me enseñó á leer buscando en él las huellas de sus dedos para besarlas. Y no obstante ¡cuántos disgustos le causé á aquella admirable mujer! No pudo, ciertamente, dudar ni por un minuto de mi respeto ni de mi amor. ¡Dios mío! Eso no. Pero cuando uno es joven y contrae ciertas amistades y se ve empujado por el punzante estímulo del deseo de gozar, olvida fácilmente que en casa le espera una anciana madre, llena de indulgencia infinita es cierto, y que apenas se atreve á dirigir á su hijo, ya adulto, una tímida reprensión, pero que se alarma pensando en los peligros que corre y ¡llora al verle perder su candor y su pureza!

¡Quiera Dios que estas páginas sirvan para detener á algún joven, á punto de caer en un precipicio!... ¡Ah! ¡si supiera con qué amargura recordará, en los últimos años de su vida, que, aun sin haber sido un malvado, hizo llorar á su madre!...

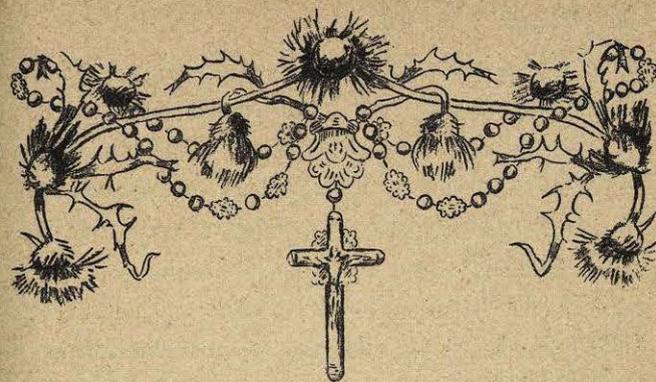
Hace más de veinte años que murió la mía; hace veinte años también que se marchitó mi juventud, porque el día en que ella murió, sentí que en mi corazón filial algo se extinguía para siempre.

Nunca la había recordado con tanta frecuencia como durante esta última enfermedad y su larga convalecencia que tan saludables han sido para mi alma. Al balbucear, después de tantos años, las oraciones que ella me enseñó cuando era niño, mi alma ha conce-

bido el deseo de elevarse hacia Dios. La esperanza de reunirme un día con mi madre es lo que sostiene mi fe en la otra vida. Para merecer esta recompensa, para volver á hallarla en el cielo, he prometido pasar el resto de mi vida entregándome á pensamientos más puros y practicando obras más meritorias que hasta aquí.

Jesús, que ha hecho partícipe de la gloria á su divina Madre colocándola junto á El en el cielo, bendicirá las súplicas de un hijo y de un cristiano.

¡Mística patria de las almas, morada de los justos, mansión gloriosa de luz y de amor! Pretenden algunos que nuestra débil inteligencia no puede comprender en toda su extensión la felicidad que reservas á los elegidos; pero yo, infeliz y humilde pecador, creo haber presenciado el Paraíso, cuando, siendo niño inocente, me quedaba dormido rodeando con mis brazos tu cuello, ¡oh santa madre mía que con tanto amor me criaste á tus pechos!



IX

Recemos

En la mayoría de las iglesias de París, salvo los días de fiesta solemne, es muy escasa la concurrencia de fieles á la misa mayor. A la hora en que ésta se celebra, muchos parisienses duermen todavía: es demasiado larga y los habitantes de la capital tienen muchas ocupaciones. Además, por lo que toca á las mujeres, no hay que olvidar el obstáculo más serio: el tocador. Pero Dios es razonable y no va á exigir que una señora esté lista á las nueve para ir á misa.

Estas poderosas razones explican la escasez de fieles en el oficio divino, aun en las parroquias más fre-